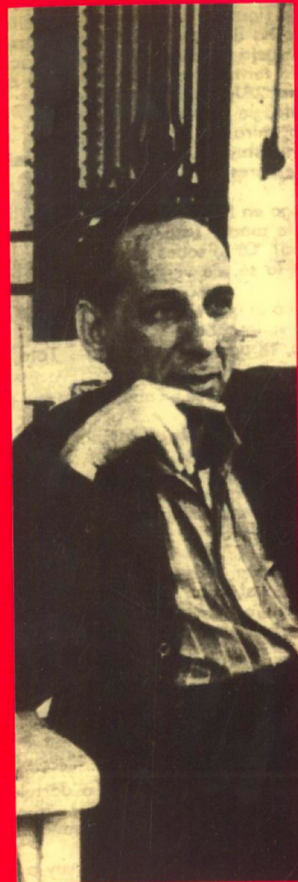




VIDA DE FLORA Y OTROS POEMAS

Virgilio Piñera

SELECCIÓN Y PRÓLOGO DE
MANUEL DÍAZ MARTÍNEZ



VIRGILIO PIÑERA

PALIMPSESTO

Colección de Poesía

Dirección:

Francisco José Cruz

Secretaria de Dirección:

Rosario Acal

Diseño:

ARTE-FACTO

Edita:

Área de Cultura y Deportes del
Excmo. Ayuntamiento de Carmona

Redacción:

San Juan Grande, 26 - Teléfono y Fax 95 419 04 18
41410 - CARMONA (Sevilla)

Administración:

El Salvador, 2 - Teléfono 95 414 22 00 - Fax 95 414 07 16
41410 - CARMONA (Sevilla)

Fotocomposición, Fotomecánica e Impresión:

INGRASEVI, S. L.- Polígono Industrial Brenes, calle F, 58
Teléfono y Fax 95 419 06 89 - 41410 - CARMONA (Sevilla)

Depósito Legal:

SE - 820 - 1990

© Antonio Deltoro

© De la presente edición: PALIMPSESTO

VIDA DE FLORA
Y OTROS POEMAS

Virgilio Piñera

SELECCIÓN Y PRÓLOGO DE
MANUEL DÍAZ MARTÍNEZ



PALIMPSESTO

NOTICIA DE V. P.

Virgilio Piñera nació en Cárdenas en 1912 y murió en La Habana en 1979. Perteneció por breve tiempo al grupo de poetas creado en torno a la revista *Orígenes* (1944-1956) y encabezado por José Lezama Lima, con quien a lo largo de muchos años mantuvo una borrascosa relación marcada por sucesivos encuentros y desencuentros. Después de romper con el origenismo, fundó la revista *Poeta*, de la cual sólo publicó un número. Más tarde editó con José Rodríguez Feo, que había codirigido *Orígenes* con Lezama, la revista *Ciclón* (1955-1959). Durante doce años residió en la Argentina. Allí hizo amistad con el novelista polaco Witold Gombrowicz y éste lo puso al frente del equipo de traductores que vertía su obra al castellano. En Buenos Aires, Jorge Luis Borges lo invitó a dar conferencias en la Biblioteca Nacional y le franqueó las páginas de su revista *Anales de Buenos Aires* y las de *Sur*, la célebre revista dirigida por Victoria Ocampo. Después del ascenso de Fidel Castro al poder, en 1959, Piñera dirigió durante un corto período las Ediciones Revolución. Figuró entre los intelectuales vetados por el régimen castrista a partir del "caso Padilla" y pasó sus últimos años cruelmente marginado, sin derecho a publicar.

Virgilio Piñera no ha conseguido la amplia resonancia internacional de un Lezama o un Carpentier,

pero es innegable que le corresponde un espacio entre los grandes escritores hispanoamericanos del siglo. Piñera publicó teatro: *Falsa alarma*, *Aire frío*, *Electra Garrigó*, *Dos viejos pánicos*; novela: *La carne de René*, *Pequeñas maniobras*, *Presiones y diamantes*; cuento: *Cuentos fríos*, *Muecas para escritores*, *Cuentos*; y poesía: *Las Furias*, *La isla en peso*, *La vida entera*. Sus ensayos literarios y artículos periodísticos, por lo general muy polémicos –enfrentados a lo que él llamaba “crítica de algodón” y “literatura de rapé”–, aún no han sido recogidos en libro. Dejó una cuantiosa obra inédita, de la cual proceden el poemario *Una broma colosal*, publicado en La Habana en 1988 bajo el cuidado de Antón Arrufat, y las cinco piezas breves recogidas bajo el título de *Teatro inédito* y publicadas, también en La Habana, en 1993.

Diez años antes de su fallecimiento, Virgilio Piñera reunió en un libro titulado *La vida entera* la mayor parte de sus poemas publicados entre 1941 y 1967. En la nota de edición explicó así por qué lo hizo: “Dejemos nuestra casa en orden antes de cerrar, por última vez, sus puertas”. Y en la misma nota nos legó esta confesión: “Si bien no estimo que este libro sea peso muerto en mi obra de escritor, no obstante quiero dejar sentado que siempre me consideraré un poeta ocasional”. Aunque él supuso, y lo dijo, que con este juicio se adelantaba al de sus “posibles lectores”, Piñera está muy lejos de ser lo que se entiende por un poeta de ocasión. Es cierto que el teatro y la narrativa ocupan el centro de su obra total, pero ante poemas como *La isla en peso* –intensísimo y deslumbrante apoderamiento erótico del ser insular– y el resto de los que eligió para *La vida entera*, sin contar algu-

nos de los hallados en su papelería inédita, es imposible ver su poesía como producto subalterno o marginal de su trabajo creador. A Piñera se le debe, además de *La isla en peso*, otro texto cenital de la poesía cubana contemporánea: "Vida de Flora".

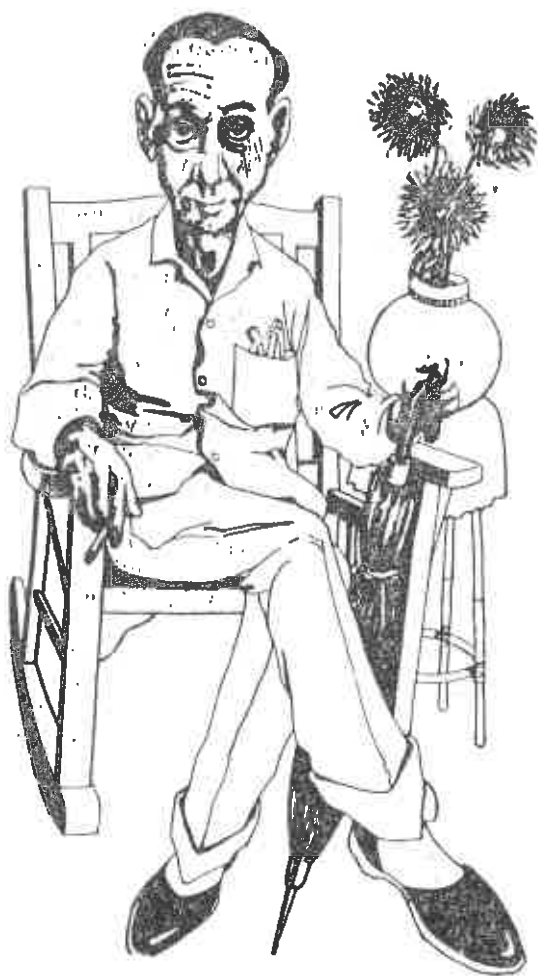
Si para este rebelde irreductible y transgresor perenne, que se creó un coto de libertad en su literatura desde el cual desafió la gazmoñería que lo discriminó en el capitalismo y lo persiguió en el socialismo, la vida era un sin sentido absoluto, algo así como el grotesco e inextricable envés de la nada –de ahí el sarcasmo atroz en que se asienta su escritura–, la muerte, tan obsesivamente asomada a su poesía, era lo absoluto sin sentido: lo único, por tanto, capaz de vencerlo. Un día se definió a sí mismo: "soy absurdo y existencialista a la cubana". Y de un existencialista a la cubana no se podía esperar sino el grito irreverente con que descoyuntó el hieratismo del vacío eterno: "¡a la mierda la muerte!".

En ese desplante hay pavor y hay coraje: está, pues, Virgilio Piñera de cuerpo entero.

Manuel Díaz Martínez

Las Palmas de Gran Canarias,

Julio de 1999



VIRGILIO PIÑERA por Francisco Masvidal

VIDA DE FLORA
Y OTROS POEMAS

LA ISLA EN PESO

La maldita circunstancia del agua por todas partes
me obliga a sentarme en la mesa del café.
Si no pensara que el agua me rodea como un cáncer
hubiera podido dormir a pierna suelta.
Mientras los muchachos se despojaban de sus ropas
para nadar
doce personas morían en un cuarto por compresión.
Cuando a la madrugada la pordiosera resbala en el
agua
en el preciso momento en que se lava uno de sus
pezones,
me acostumbro al hedor del puerto,
me acostumbro a la misma mujer que
invariablemente masturba,
noche a noche, al soldado de guardia en medio del
sueño de los peces.
Una taza de café no puede alejar mi idea fija,
en otro tiempo yo vivía adánicamente.
¿Qué trajo la metamorfosis?

La eterna miseria que es el acto de recordar.
Si tú pudieras formar de nuevo aquellas
combinaciones,
devolviéndome el país sin el agua,
me la bebería toda para escupir al cielo.
Pero he visto la música detenida en las caderas,
he visto a las negras bailando con vasos de ron en
sus cabezas.
Hay que saltar del lecho con la firme convicción
de que tus dientes han crecido,

de que tu corazón te saldrá por la boca.
Aún flota en los arrecifes el uniforme del marinero
ahogado.
Hay que saltar del lecho y buscar la vena mayor del
mar para desangrarlo.
Me he puesto a pescar esponjas frenéticamente,
esos seres milagrosos que pueden desalojar hasta la
última gota de agua
y vivir secamente.
Esta noche he llorado al conocer a una anciana
que ha vivido ciento ocho años rodeada de agua por
todas partes.
Hay que morder, hay que gritar, hay que arañar.
El perfume de la piña puede detener a un pájaro.
Los once mulatos se disputaban el fruto,
los once mulatos fálicos murieron en la orilla de la
playa.
He dado las últimas instrucciones.
Todos nos hemos desnudado.

Llegué cuando daban un vaso de aguardiente a la
virgen bárbara,
cuando regaban ron por el suelo y los pies parecían
lanzas,
justamente cuando un cuerpo en el lecho podría
parecer impúdico,
justamente en el momento en que nadie cree en
Dios.
Los primeros acordes y la antigüedad de este
mundo:
hieráticamente una negra y una blanca y el líquido
al saltar.
Para ponerme triste me huelo debajo de los brazos.

Es en este país donde no hay animales salvajes.
Pienso en los caballos de los conquistadores cu-
briendo a las yeguas,
pienso en el desconocido son del areíto¹
desaparecido para toda la eternidad,
ciertamente debo esforzarme a fin de poner en claro
el primer contacto carnal en este país, y el primer
muerto.

Todos se ponen serios cuando el timbal abre la
danza.

Solamente el europeo leía las meditaciones
cartesianas.

El baile y la isla rodeada de agua por todas partes:
plumas de flamencos, espinas de pargo, ramos de
albahaca, semillas de aguacate.

La nueva solemnidad de esta isla.

¡País mío, tan joven, no sabes definir!

¿Quién puede reír sobre esta roca fúnebre de los
sacrificios de gallos?

Los dulces ñañigos² bajan sus puñales
acompañadamente.

Como una guanábana un corazón puede ser
traspasado sin cometer crimen,
sin embargo el bello aire se aleja de los palmares.

1 Canto y baile autóctonos de los indios cubanos.

2 Miembro de la sociedad secreta Abakuá, corporación de ayuda mutua, estrictamente masculina, surgida en el siglo XIX en el seno de la población cubana de origen africano. Los ñañigos o abakuás han padecido siempre una oscura fama de violentos y vengativos.

Una mano en el *tres*³ puede traer todo el siniestro
color de los caimitos⁴

más lustrosos que un espejo en el relente,
sin embargo el bello aire se aleja de los palmares,
si hundieras los dedos en su pulpa creerías en la
música.

Mi madre fue picada por un alacrán cuando estaba
embarazada.

¿Quién puede reír sobre esta roca de los sacrificios
de gallos?

¿Quién se tiene a sí mismo cuando las claves
chocan?

¿Quién desdeña ahogarse en la indefinible
llamarada del flamboyán?

La sangre adolescente bebemos en las pulidas
jícaras.

Ahora no pasa un tigre sino su descripción.

Las blancas dentaduras perforando la noche,
y también los famélicos dientes de los chinos
esperando el desayuno

después de la doctrina cristiana.

Todavía puede esta gente salvarse del cielo,
pues al compás de los himnos las doncellas agitan
diestramente

los falos de los hombres.

3 Instrumento de cuerdas usado en Cuba en la música campesina.

4 Fruta tropical de color morado y piel fina y pulida como la de la ciruela.

La impetuosa ola invade el extenso salón de las
genuflexiones.
Nadie piensa en implorar, en dar gracias, en
agradecer, en testimoniar.
La santidad se desinfla en una carcajada.
Sean los caóticos símbolos del amor los primeros
objetos que palpe,
afortunadamente desconocemos la voluptuosidad y
la caricia francesa,
desconocemos el perfecto gozador y la mujer pulpo,
desconocemos los espejos estratégicos,
no sabemos llevar la sífilis con la reposada
elegancia de un cisne,
desconocemos que muy pronto vamos a practicar
estas mortales elegancias.

Los cuerpos en la misteriosa llovizna tropical,
en la llovizna diurna, en la llovizna nocturna,
siempre en la llovizna,
los cuerpos abriendo sus millones de ojos,
los cuerpos, dominados por la luz, se repliegan
ante el asesinato de la piel,
los cuerpos, devorando oleadas de luz, revientan
como girasoles de fuego
encima de las aguas estáticas,
los cuerpos, en las aguas, como carbones apagados
derivan hacia el mar.

Es la confusión, es el terror, es la abundancia,
es la virginidad que comienza a perderse.
Los mangos podridos en el lecho del río ofuscan mi
razón,
y escalo el árbol más alto para caer como un fruto.

Nada podría detener este cuerpo destinado a los
cascos de los caballos,
turbadoramente cogido entre la poesía y el sol.

Escolto bravamente el corazón traspasado,
clavo el estilete más agudo en la nuca de los
durmientes.

El trópico salta y su chorro invade mi cabeza
pegada duramente contra la costra de la noche.
La piedad original de las auríferas arenas
ahoga sonoramente las yeguas españolas,
la tromba desordena las crines más oblicuas.

No puedo mirar con estos ojos dilatados.
Nadie sabe mirar, contemplar, desnudar un cuerpo.
Es la espantosa confusión de una mano en lo verde,
los estranguladores viajando en la franja del iris.
No sabría poblar de miradas el solitario curso del
amor.

Me detengo en ciertas palabras tradicionales:
el aguacero, la siesta, el cañaveral, el tabaco,
con simple ademán, apenas si onomatopéyicamente,
titánicamente paso por encima de su música,
y digo: el agua, el mediodía, el azúcar, el humo.

Yo combino:
el aguacero pega en el lomo de los caballos,
la siesta atada a la cola de un caballo,
el cañaveral devorando a los caballos,
los caballos perdiéndose sigilosamente
en la tenebrosa emanación del tabaco,

el último gesto de los siboneyes⁵ mientras el humo
pasa por la horquilla
como la carreta de la muerte,
el último ademán de los siboneyes,
y cavo esta tierra para encontrar los ídolos y
hacéme una historia.

Los pueblos y sus historias en boca de todo el
pueblo.
De pronto, el galeón cargado de oro se mete en la
boca
de uno de los narradores,
y Cadmo, desdentado, se pone a tocar el bongó.
La vieja tristeza de Cadmo y su perdido prestigio:
en una isla tropical los últimos glóbulos rojos de un
dragón
tiñen con imperial dignidad el manto de una
decadencia.

Las historias eternas frente a la historia de una vez
del sol,
las eternas historias de estas tierras paridoras de
bufones y cotorras,
las eternas historias de los negros que fueron,
y de los blancos que no fueron,
o al revés o como os parezca mejor,
las eternas historias blancas, negras, amarillas,
rojas, azules,

5 Los indios siboneyes o ciboneyes constituían uno de los tres grupos poblacionales asentados en Cuba cuando llegaron los conquistadores españoles a la isla. Cultivaban el tabaco y lo fumaban aspirando el humo a través de unos canutos en forma de Y. Fueron los que enseñaron al mundo a fumar.

–toda la gama cromática reventando encima de mi
cabeza en llamas–,
la eterna historia de la cínica sonrisa del europeo
llegado para apretar las tetas de mi madre.

El horroroso paseo circular,
el tenebroso juego de los pies sobre la arena circular,
el envenenado movimiento del talón que rehúye el
abanico del erizo,
los siniestros manglares, como un cinturón
canceroso,
dan la vuelta a la isla,
los manglares y la fétida arena
aprietan los riñones de los moradores de la isla.

Sólo se eleva un flamenco absolutamente.

¡Nadie puede salir, nadie puede salir!
La vida del embudo y encima la nata de la rabia.
Nadie puede salir:
el tiburón más diminuto rehusaría transportar un
cuerpo intacto.
Nadie puede salir:
una uva caleta cae en la frente de la criolla
que se abanica lánguidamente en una mecedora,
y “nadie puede salir” termina espantosamente en el
choque de las claves.

Cada hombre comiendo fragmentos de la isla,
cada hombre devorando los frutos, las piedras y el
excremento nutritivo,
cada hombre mordiendo el sitio dejado por su
sombra,

cada hombre lanzando dentelladas en el vacío
 donde el sol se acostumbra,
cada hombre, abriendo su boca como una cisterna,
 embalsa el agua
del mar, pero como el caballo del barón de
 Munhausen,
la arroja patéticamente por su cuarto trasero,
cada hombre en el rencoroso trabajo de recortar
los bordes de la isla más bella del mundo,
cada hombre tratando de echar a andar a la bestia
 cruzada de cocuyos

Pero la bestia es perezosa como un bello macho
y terca como una hembra primitiva.
Verdad es que la bestia atraviesa diariamente los
 cuatro momentos caóticos,
los cuatro momentos en que se la puede contemplar
–con la cabeza metida entre sus pata– escrutando el
 horizonte con ojo atroz,
los cuatro momentos en que se abre el cáncer:
madrugada, mediodía, crepúsculo y noche.

Las primeras gotas de una lluvia áspera golpean su
 espalda
hasta que la piel toma la resonancia de dos maracas
 pulsadas diestramente.
En este momento, como una sábana o como un
 pabellón de tregua, podría
desplegarse un agradable misterio,
pero la avalancha de verdes lujuriosos ahoga los
 mojados sonos
y la monotonía invade el envolvente túnel de las
 hojas.

El rastro luminoso de un sueño mal parido,
un carnaval que empieza con el canto del gallo,
la neblina cubriendo con su helado disfraz el
escándalo de la sábana,
cada palabra derramándose insolentemente en un
verde juego de aguas,
perforan, con un triángulo incandescente, el pecho
de los primeros aguadores,
y la columna de agua lanza sus vapores a la cara del
sol cosida por un gallo.

Es la hora terrible.

Los devoradores de neblina se evaporan
hacia la parte más baja de la ciénaga,
y un caimán los pasa dulcemente a ojo.

Es la hora terrible.

La última salida de la luz de Yara⁶
empuja a los caballos contra el fango.

Es la hora terrible.

Como un bólido la espantosa gallina cae,
y todo el mundo toma su café.

¿Pero qué puede el sol en un pueblo tan triste?

Las faenas del día se enroscan al cuello de los
hombres

mientras la leche cae desesperadamente.

¿Qué puede el sol en un pueblo tan triste?

Con un lujo mortal los macheteros abren grandes
claros en el monte,

⁶ Alusión a las guerras por la independencia de Cuba, que comenzaron, en 1868, en la región de Yara, en el oriente de la isla.

la tristísima iguana salta barrocamemente en un caño de
sangre,
los macheteros, introduciendo cargas de claridad, se
van ensombreciendo
hasta adquirir el tinte de un subterráneo egipcio.
¿Quién puede esperar clemencia en esta hora?

Confusamente un pueblo escapa de su propia piel
adormeciéndose con la claridad,
la fulminante droga que puede iniciar un sueño
mortal
en los bellos ojos de hombres y mujeres,
en los inmensos y tenebrosos ojos de estas gentes
por los cuales la piel entra a no sé qué extraños ritos.

La piel, en esta hora, se extiende como un arrecife
y muerde su propia limitación,
la piel se pone a gritar como una loca, como una
puerca cebada,
la piel trata de tapar su claridad con pencas de
palma,
con yaguas traídas distraídamente por el viento,
la piel se tapa furiosamente con cotorras y pitahayas,
absurdamente se tapa con sombrías hojas de tabaco
y con restos de leyendas tenebrosas,
y cuando la piel no es sino una bola oscura,
la espantosa gallina pone un huevo blanquísimo.
¡Hay que tapar! ¡Hay que tapar!
Pero la claridad avanzada invade
perversamente, oblícuamente, perpendicularmente,
la claridad es una enorme ventosa que chupa la
sombra,
y las manos van lentamente hacia los ojos.

Los secretos más inconfesables son dichos:
la claridad mueve las lenguas,
la claridad mueve los brazos,
la claridad se precipita sobre un frutero de guayabas,
la claridad se precipita sobre los negros y los blancos,
la claridad se golpea a sí misma,
va de uno a otro lado convulsivamente,
empieza a estallar, a reventar, a rajarse,
la claridad empieza el alumbramiento más horroroso,
la claridad empieza a parir claridad.
Son las doce del día.

Todo un pueblo puede morir de luz como morir de
peste.
Al mediodía el monte se puebla de hamacas
invisibles,
y, echados, los hombres semejan hojas a la deriva
sobre aguas metálicas.
En esta hora nadie sabría pronunciar el nombre más
querido,
ni levantar una mano para acariciar un seno;
en esta hora del cáncer un extranjero llegado de
playas remotas
preguntaría inútilmente qué proyectos tenemos
o cuántos hombres mueren de enfermedades
tropicales en esta isla.
Nadie lo escucharía: las palmas de las manos vueltas
hacia arriba,
los oídos obturados por el tapón de la somnolencia,
los poros tapiados con la cera de un fastidio elegante
y la mortal deglución de las glorias pasadas.

¿Dónde encontrar en este cielo sin nubes el trueno

cuyo estampido raje, de arriba a abajo, el tímpano
de los durmientes?

¿Qué concha paleolítica reventaría con su bronco
cuerno

el tímpano de los durmientes?

Los hombres-conchas, los hombres-macaos, los
hombres-túneles.

¡Pueblo mío, tan joven, no sabes ordenar!

¡Pueblo mío, divinamente retórico, no sabes relatar!

Como la luz o la infancia aún no tienes un rostro.

De pronto el mediodía se pone en marcha,
se pone en marcha dentro de sí mismo,
el mediodía estático se mueve, se balancea,
el mediodía empieza a elevarse flatulentamente,
sus costuras amenazan reventar,
el mediodía sin cultura, sin gravedad, sin tragedia,
el mediodía orinando hacia arriba,
orinando en sentido inverso a la gran orinada
de Gargantúa en las torres de Notre Dame,
y todas esas historias, leídas por un isleño que no
sabe

lo que es un cosmos resuelto.

Pero el mediodía se resuelve en crepúsculo y el
mundo se perfila.

A la luz del crepúsculo una hoja de yagruma ordena
su terciopelo,

su color plateado del envés es el primer espejo.

La bestia lo mira con su ojo atroz.

En este trance la pupila se dilata, se extiende
hasta aprehender la hoja.

Entonces la bestia recorre con su ojo las formas
sembradas en su lomo
y los hombres tirados contra su pecho.
Es la hora única para mirar la realidad en esta tierra.

No una mujer y un hombre frente a frente,
sino el contorno de una mujer y un hombre frente a
frente,
entran ingrátidos en el amor,
de tal modo que Newton huye avergonzado.

Una guinea chilla para indicar el ángelus:
abrus precatorius, anona myristica, anona palustris.

Una letanía vegetal sin trasmundo se eleva
frente a los arcos floridos del amor:
Eugenia aromática, augenia fragrans, augenia
plicatula.

El paraíso y el infierno estallan y sólo queda la
tierra:
Ficus religiosa, ficus nitida, ficus suffocans.

La tierra produciendo por los siglos de los siglos:
Panicum colonum, panicum sanguinale, panicum
maximum.

El recuerdo de una poesía natural, no codificada,
me viene a los labios:
Árbol de poeta, árbol del amor, árbol del seso.

Una poesía exclusivamente de la boca como la
saliva:
Flor de calentura, flor de cera, flor de la Y.

Una poesía microscópica:

Lágrimas de Job, lágrimas de Júpiter, lágrimas de amor.

Pero la noche se cierra sobre la poesía y las formas se esfuman.

En esta isla lo primero que la noche hace es despertar el olfato:

Todas las aletas de todas las narices azotan el aire buscando una flor invisible;

la noche se pone a moler millares de pétalos,
la noche se cruza de paralelos y meridianos de olor,
los cuerpos se encuentran en el olor,
se reconocen en este olor único que nuestra noche sabe provocar;

el olor lleva la batuta de las cosas que pasan por la noche,

el olor entra en el baile, se aprieta contra el güiro,
el olor sale por la boca de los instrumentos musicales,
se posa en el pie de los bailarines,
el corro de los presentes devora cantidades de olor,
abre la puerta y las parejas se suman a la noche.

La noche es un mango, es una piña, es un jazmín,
la noche es un árbol frente a otro árbol sin mover sus ramas,

la noche es un insulto perfumado en la mejilla de la bestia;

una noche esterilizada, una noche sin almas en pena,
sin memoria, sin historia, una noche antillana;
una noche interrumpida por el europeo,
el inevitable personaje de paso que deja su cagada ilustre,

a lo sumo, quinientos años, un suspiro en el rodar de
la noche antillana,
una excrecencia vencida por el olor de la noche
antillana.

No importa que sea una procesión, una conga,
una comparsa, un desfile.
La noche invade con su olor y todos quieren copular.
El olor sabe arrancar las máscaras de la civilización,
sabe que el hombre y la mujer se encontrarán sin
falta en el platanal.
¡Musa paradisiaca, ampara a los amantes!

No hay que ganar el cielo para gozarlo,
dos cuerpos en el platanal valen tanto como la
primera pareja,
la odiosa pareja que sirvió para marcar la
separación.
¡Musa paradisiaca, ampara a los amantes!

No queremos potencias celestiales sino presencias
terrestres,
que la tierra nos ampare, que nos ampare el deseo,
felizmente no llevamos el cielo en la masa de la
sangre,
sólo sentimos su realidad física
por la comunicación de la lluvia al golpear nuestras
cabezas.

Bajo la lluvia, bajo el olor, bajo todo lo que es una
realidad,
un pueblo se hace y se deshace dejando los
testimonios:

un velorio, un guateque, una mano, un crimen,
revueltos, confundidos, fundidos en la resaca
perpetua,
haciendo leves saludos, enseñando los dientes,
golpeando sus riñones,
un pueblo descendiendo resuelto en enormes postas de
abono,
sintiendo cómo el agua lo rodea por todas partes,
más abajo, más abajo, y el mar picando en sus
espaldas;
un pueblo permanece junto a su bestia en la hora de
partir,
aullando en el mar, devorando frutas, sacrificando
animales,
siempre más abajo, hasta saber el peso de su isla,
el peso de una isla en el amor de un pueblo.

(1943)

VIDA DE FLORA

Tú tenías grandes pies y un tacón jorobado.
Ponte la flor. Espérame, que vamos juntos de viaje.

Tú tenías grandes pies. ¡Qué tristeza en el aire!
¿Quién se mordía la cola? ¿Quién cantaba ese aire?

Tú tenías grandes pies, mi amiga en seco parada.
Una gran luz te brotaba. De los pies, digo, te brotaba,
y sin que nadie lo supiera te fue sorbiendo la nada.

Un gran ruido se sentía en tu cuarto. ¿A Flora qué le
pasa?

Nada, que sus grandes pies ocupan todo el espacio.
Sí, tú tenías, tenías la imponderable amargura de un
zapato.

Ibas y venías entre dos calientes planchas:
Flora, mucho cuidado, que tus pies son muy grandes,
y la peletería te contrata para exhibir sus hormas
gigantes.

Flora, cuántas veces recorrías el barrio
pidiendo un poco de aceite y el brillo de la luna te
encantaba.

De pronto se subían tus dos monstruos a la cama;
tus monstruos horrorizados por una cucaracha.

Flora, tus medias rojas cuelgan como lenguas de
ahorcados.

¿En qué pie poner estas huérfanas? ¿Adónde tus
últimos zapatos?

Oye, Flora: tus pies no caben en el río que te ha de
conducir a la nada,
al país en que no hay grandes pies ni pequeñas
manos ni ahorcados.

Tú querías que tocaran el tambor para que las aves
bajaran,
las aves cantando entre tus dedos mientras el tambor
repicaba.

Un aire feroz ondulando por la rigidez de tus plantas,
todo eso que tú pensabas cuando la plancha te
doblegaba.

Flora te voy a acompañar hasta tu última morada.
Tú tenías grandes pies y un tacón jorobado.

(1944)

junto a estas damas yo vivo.

Yo vivo junto a ellas, día a día,
aguardando el ángel que venga a llamarme,
el ángel todo sulfurado,
sin pies, sin cabeza, sin alas,
bajo el sol –disco murmurador, asombro cálido, mi
padre–
mientras la luna sepulta en sus lagos de horror
estos paisajes de una lenta expiación.

(1945)

UN BAMBOLEO FRENÉTICO

No pienses...

Date duro en la cabeza,
martillea, entra y sal sin descanso,
persigue el objeto pérfido,
muévete entre sueños,
y... golpea, siempre golpea,
sin solemnidad y siquiera sin belleza,
no hacen falta en esta hora en que caes para siempre.
Ajeno al pensamiento,
cae de los pies a la cabeza
golpeando y golpeando este momento mortal.
Audaz, cae.

Sueña contigo en la tarde

—engañosamente se presenta como el confín
de la promesa que miente con labios de oro.

Anoche te debatías en el fango,
te encharcabas en ese baile espeso
anunciador del frío de la tumba.

Golpea y golpea hasta romper.

Es la hora de la decisión.

Convoca a los sonidos para que no cese la música
de solo y solo.

Solo, con golpes y genuflexiones,
la sangre y nuevos golpes.

¿Quién se queja en esta hora
en que solo y solo pasa la existencia?

Húndete en los golpes

y bebe tu propia proscripción.

Solo y solo en un dedo parado,
tu último llamamiento a la catástrofe.

Desarticulado de todo, antes que todo y...
siempre solo,
con heridas, con un solo de muecas.
Golpea si quieres que la descomposición te visite,
no desoigas la voz, sigue esa calle y...
con solo y solo baila hasta destriparte.
Que la soledad sea tu solo de mosca y...
¡Cataplún! ¡Al hoyo!
Que la caja retumbe en tus oídos:
"Aparta la perfección agazapada,
el colgajo de serenidad."
Solo entre acompañados
–celeridad más celeridad–
rueda en la rueda de los solos,
en el solo de bola que sobre ti se echa,
metiéndote en solo de solo con tu solo,
solo nimbado yo te llamo
para zamparte solo y solo en la noche giratoria.

(1961)

LOS MUERTOS DE LA PATRIA

Vamos a ver los muertos de la Patria.
En la pradera del silencio los árboles,
las aves, los saludos
son también muertos que a muertos corresponden.
Fusiles, metralletas y las manos empuñadoras
son sueños arrugados que soñara
un muerto nacido al muerto de los muertos.

Vamos a ver los muertos de la Patria.

En el montón ilustre nadie espera
recompensas, títulos y ni siquiera tierra;
podrían recabar monumentos, mármoles, honores,
pero eligieron ser muertos de la Patria.

Vamos a ver los muertos de la Patria.

Sin embargos, hay que verlos...
Vernos con nuestros ojos dilatados por la vida,
hay que tocarlos con nuestras manos,
están como aves posadas en el árbol terrible,
donde el viento no suena,
y en donde la noche misma
se aleja vencida por la Nada.

Vamos a ver los muertos de la Patria.

¡Ay! –diría yo a ese muerto
en quien quedó un asomo

de sonrisa indestructible—:
¿Cómo se muere en el momento
en que la bala se funde con la risa?
Y tú
—muerto tirado en esa zanja,
con un zapato como casco guerrero en tu cabeza—,
¿qué mago consultaste para estar ahora
de cara al Tiempo y con la Patria adentro?

Vamos a ver los muertos de la Patria.

(1962)

EL RESULTADO

Cuando me arrepienta
de mis crímenes
te enviaré un telegrama.
Vendrás vestido de blanco,
darás lechada a mi alma.

Lloraré sobre tu hombro
para constelar tu traje;
diamantes negros en tu pecho
y negro de humo en tus entrañas.

Enfundaremos el puñal
en un sueño desorbitado:
tomará la forma del cordero
que surge del tigre desatado.
Con las heridas haremos rimas
y con los gritos charadas;
la expiación será un pasatiempo
en la eternidad que me aguarda.
Después me sentaré a la mesa
para comer del pan sagrado:
yo lo partiré negro,
tú me lo darás blanco.

(1962)

LA SUSTITUCIÓN

No quiero me despierten de este sueño
donde yo puedo amar correspondido;
en el mundo, despierto, estoy vencido,
en el sueño, dormido, estoy despierto.

Si en este mundo no puedo tener dueño
porque mi cara espanta a los despiertos,
me ponen a vivir que yo te sueño
en ese mundo de los casi muertos.

En otro mundo te sueño de este mundo,
con otra boca a la tuya correspondo,
con otro corazón el tuyo inflamo;

con ojos de soñar tus ojos hundo,
con palabras dormidas te respondo,
y mientras más te sueño más te amo.

(1963)

EL JARDÍN

Un jardín me ha construido el sueño
para que en él yo sueñe la realidad;
allí los muertos, los vivos, los ausentes
conversan entre sí animadamente:
a mi difunta madre yo le he oído
quejarse de las frutas de mal año,
y decirle a mi padre que yo soy
un niño desterrado de su amor.

De pronto ha aparecido Robespierre
sentado en su carreta del patíbulo,
vendiendo unas cabezas con gusanos
mientras grita: ¡Manzanas coloradas!
Mi padre pide una, y él le dice:
¿Cuál prefieres? ¿La de Dantón?
¿La de María Antonieta?
Pero mi madre viendo una cabeza
en donde por las cuencas de los ojos
asomaban dos uvas temblorosas
la eligió, y Robespierre le dijo:
Es para mí un honor que usted me coma.

Lo que leí en los inciertos libros
ahora lo veo señaladamente:
Nerval se va a ahorcar en la Vieille Lanterne,
Zenea se dispone a ser fusilado,
Casal en su hemoptisis se consume,
y en Dos Ríos Martí la patria funda.

De Henry James los niños misteriosos

se acercan a su aya desencarnada
para confiarle que ellos están viendo
un hombre vivo en lo alto de la torre.
Sonriendo ella asiente y pone un dedo
sobre sus labios como diciéndoles:
Todo es posible en el reino de la muerte.

Aún no salido de mi asombro escucho
de Carlos Marx la voz tronitonante:
Aunque quieras los ángeles no existen.
Vas caminando por una estrecha calle,
o por el ancho mar o el aire surcas
y no hay ángeles que choquen con tu vista;
sólo hay seres humanos y animales
que mueven como pueden su existencia.
Tu pensamiento debes concentrar en ellos,
en una esquina abandonar la fantasía,
dejarla ciega, que se estrelle sola,
y tú decir con convicción profunda:
Somos materialistas convencidos.

Ya no tienen cabida en este mundo
las locas invenciones de la mente,
las gorgonas se han ido para siempre,
en los océanos no hay buques fantasmas,
y aquél que caminó sobre las aguas
se ha perdido en el lago de las Quantas.

En el teatro de los idealistas,
Hegel (si lo pudieras ver), menos que ambiguo
está, olímpico, detrás de la cortina,
sentado entre la tesis y la antítesis.
Pero no hay público para escuchar su verbo:

toda la fenomenología del espíritu
es un sólido bloque de materia
contra el que las mónadas se estrellan.

Pero tú estás aquí, en este jardín,
estás bien muerto y, sin embargo,
oigo tu voz hablando de materia.
Y Marx contesta: No soy yo el que te habla,
eres tú el que me sueña,
y tú estás vivo y ahora estás soñando
que yo te hablo de la materia
de la que ese sueño es una parte.

Dime, le imploro, ¿el que está muerto
en su hoyo es mecido por el sueño?
Ya yo morí, me dice Marx, y tú aún
eres materia viviente, yo hablo por tu mente,
ya en nada me mezo, a no ser que tú digas
que yo me estoy meciendo.

Desde un púlpito con blancos espectrales
la voz de un sacerdote cae helada:
Los designios de Dios son insondables,
y aunque las naves viajen a la Luna
en tierra nos quedamos con el tiempo.
Sólo el espíritu puede redimirnos
de tal arena aciaga, y esta envoltura corporal
convertirla en gusanos, y que surja
la eternidad empapándose en la Muerte.

Muy lindas tus palabras –dice Marx–,
pero las naves viajan a la Luna,
y en tu cabeza tus ángeles vuelan

como las moscas sobre el cadáver.
Enseña a tu rebaño que el poema,
en las casas mentales, siempre ocupa
un lugar irrisorio, y diles
que vivimos en un mundo
donde soñar es como estar ya muertos.

(1965)

SOLICITUD DE CANONIZACIÓN DE ROSA CAGÍ

Por la presente tengo a bien dirigirme a usted para solicitar una plaza de santa laica en la Iglesia del Amor.

Un hombre me juró amor eterno,
pero su amor fue el infierno en la tierra.
Poseo en mi cuerpo más estigmas
de los exigidos por su Iglesia,
mayor cantidad de lágrimas
que las expresadas en centímetros cúbicos
en las plantillas de las aspirantes a ser canonizadas,
mayor número de horas de insomnio,
y en mis rodillas unas callosidades tan elocuentes
que mis amigas me dicen:
Rosa la genuflexa.

Una noche
me hizo caminar como perra,
maullar como gata,
llorar como niña
y cantar como anciana.
Otra noche
me obligó a besar el retrato de su amada,
y yo pensé que a lo mejor
él obligaba a su amada a besar mi retrato,
y esa misma noche
—no sabe cuánta pena me da escribir esto—
me gritó degenerada.

En cuanto al requisito exigido por su Iglesia:
"Amarás aunque te muelan a palos",
puedo asegurarle
que mi amor es inconmensurable,
a tal extremo
que ese hombre es mi Sumo Bien,
mi Todo y mi Nada.

Por tanto,
habiendo sido humillada,
ofendida, vilipendiada,
postergada y vejada,
habiendo sido configurada en esa extraña latitud
que es ser muerta en vida.

Yo,
Rosa Cagí,
en pleno disfrute de mis facultades mentales,
pido humildemente ser canonizada como santa laica
con derecho a figurar en los altares del horror.

(1967)

MARÍA VIVÁN

María Viván,
cuyo deceso de resultas
de una tisis galopante
ocurrió el diez de Abril
de mil novecientos quince,
había dedicado a su novio
su foto con esta dedicatoria:
Tuya para siempre.

En esta foto,
hecha pocos días antes de su muerte,
María Viván adoptó la pose
de la mujer llena de vida;
se puso un traje floreado,
un sombrero con nomeolvides,
un broche con siemprevivas,
desplegó una sonrisa
encantadoramente cursi
y miró con *élan* vital...

Hizo colorear la foto,
también dejó caer una gota de sangre
al pie de la dedicatoria,
le puso la fecha,
y en una de esas tardes
hechas a la medida de los amantes,
María Viván se la dio a su novio
en el jardín donde el fotógrafo
la mortalizó para siempre.

María Viván
fue una tísica fotogénica.

(1967)

FINAL

He sido como un perro
sumiso a la voz del amo:
¡Hop, Virgilio, salta!
He amado la hermosura,
pretendido la gracia.
He tenido delicadezas
de perro amaestrado.
En premio de todo, mi amo,
sólo te pido
un poco más de escarnio.

(1969)

SI MUERO EN LA CARRETERA

I

Si muero en la carretera no me pongan flores⁷.
Si en la carretera muero no me pongan flores.
En la carretera no me pongan flores si muero.
No me pongan si muero flores en la carretera.
No me pongan en la carretera flores si muero.
No flores en la carretera si muero me pongan.
No flores en la carretera me pongan si muero.
Si muero no flores en la carretera me pongan.
Si flores me muero en la carretera no me pongan.
Flores si muero no en la carretera me pongan.
Si flores muero pongan en me la no carretera.
Flores si pongan muero me en no la carretera.
Muero si pongan flores la en me no carretera.
La muero en si pongan no me carretera.
Si flores muero pongan en me la no carretera.
Flores si pongan muero me en no la carretera.
Si muero en las flores no me pongan en la carretera.
Si flores muero no me pongan en la carretera.
Si en la carretera flores no me pongan si muero.
Si en el muero no me pongan en la carretera flores.

⁷ Estribillo de un son cubano.

II

Voy en cacharrito, en una cafetera⁸,
yo voy por la carretera,
yo voy, voy yendo por la carretera.
Yo voy a un jardín de flores que está por la carretera,
yo voy en un cacharrito, en una cafetera,
voy a comprarles flores a mis muertos,
pero no me pongan flores si muero en la carretera.

III

Si muero en la carretera me entierran en el jardín
que está por la carretera, pero no me pongan flores,
cuando uno tiene su fin yendo por la carretera
a uno no le ponen flores de ese ni de otro jardín.

⁸ Cacharro y cafetera son, en Cuba, formas populares de llamarle a un automóvil viejo y deficiente.

IV

Si muero, si no muero,
si muero porque no muero,
si no muero porque muero.
Si muero en la carretera.
Si no muero pero en la carretera si muero.
Si muero porque no muero en la carretera.
Si no muero porque muero en la carretera,
no me pongan f, no me pongan l, no me pongan o,
no me pongan r, no me pongan e, no me pongan s,
no me pongan flo, no me pongan res,
si muero en la c.

(1970)

UNA NOCHE

Una noche en la calle Zanja⁹,
saltando entre chinos impávidos,
escuché una voz que me decía:
¡Qué bobo tú eres, Virgilio!
pensando todas esas marañas,
esos mares, esas montañas:
tomas el bosque por los árboles
y esperas un amor al paso.
Qué bobo eres. Si supieras,
o lograras adivinarlo,
no abrieras tanto los ojos,
y me tendieras la mano.
Una noche en la calle Zanja.
Pero yo pasé de largo.

(1969)

9 Calle que atraviesa el barrio chino de La Habana.

MI HERMANA

Mi hermana, en su trono del dolor,
echa hacia delante sus cabellos
para tapar la humillación de los días.
Cuando mi madre nos mostraba su retrato,
en la sonrisa de mi hermana
se reflejaba la esperanza de la salvación.
En esos días hermosos
ayudaba a bien morir.
Su sonrisa bañaba al moribundo,
y en los últimos fulgores
la cara de la muerte transfiguraba.
Ahora en su trono del dolor,
mi hermana es una muerta que sabe,
entre quejidos y palideces,
que nadie podría cambiar su cara.

(1969)

TARARÍ TARARÁ

Los niños y las moscas me recibían
con miles de mosquitos en La Lisa¹⁰,
donde vive mi hermana la maestra,
que hace tiempo se arrastra por el llano.
¡Tararí! ¡Tarará! Las moscas se comían el pastel,
con matamoscas los niños las mataban.
Los mosquitos la sangre nos chupaban,
una vaquita negra hacía muuu...
Mis grandes alegrías terminaron.

(1969)

10 Suburbio de La Habana.

EL CUCHILLO

La suerte me ha deparado
este cuchillo.
Es tan mío
que le niego
el pasatiempo inocente
de relumbrar.
Atado a una correa
puedo llevarlo de paseo.
Un juez condenaría
al osado que me lo robase.
Podéis protestar,
suplicar, apelar, amigos míos.
Intentaréis desarmarme:
veo en vuestras caras
convulsas el terror.
Pero, desechad temores vanos:
es sólo un esclavo
presto a hundirse en mi pecho.

(1969)

POEMAS DE AMOR

1

Como ayer no viniste me moría,
como tus ojos no vieron los míos,
como tus pasos no sentí en el día,
como el calor se convertía en frío...

A soñarte empecé por no perderte:
y soñé que tus ojos me veían,
soñé tus pasos y alejé mi muerte,
y soñando soñé que te veía.

En ese sueño tus labios me decían:
mis ojos a los tuyos están viendo,
mis pasos son los que tú estás sintiendo,
y tus ojos en mis ojos se confían.

Fue entonces que soñé que despertaba,
fue entonces que tus ojos me veían,
fue entonces que tus pasos yo sentía
y entonces fue que tú te aproximabas.

2

En materia de amor un imposible
me tocó en suerte... Y es como un dibujo
que al hacerlo se borra, y a su influjo
se vuelve a dibujar. Ya no es posible
parar la mano hasta encontrar la muerte,
uno dice que no y la mano sigue
borrando los dibujos de la suerte,
mientras que el corazón dice: ¡Prosigue!

Cuando el dibujo sale de tu mano
con un gesto te invita a que lo cojas,
obedeces, se borra, tú te enojas:
¿cómo ese rostro puede ser tan inhumano?

Habrás que convenir que es loco empeño
esto de dibujar tu propio engaño:
de amor sólo tendrás los desengaños.
Vuelve a tu infierno. Apártate del sueño.

3

Ahora te quiero definitivamente.
Antes te quise por intermitencias
y antes del antes por evanescencias
y en un principio conjeturalmente.

Como una posesión te vi al inicio,
después, como si fueras poseída
y después del después como perdida.
¿Y ahora...? ¡Pues ya he perdido el juicio!

Perdí el de la razón por el de amor,
y no razono ahora sino siento,
no discuro, no arguyo, pero aliento.
¡Esa luz le faltaba a mi esplendor!

Ahora te quiero definitivamente.
Y ahora mismo, al instante, en este tris
te estoy queriendo. ¡Ya me convertí!
Ahora soy el que ama eternamente.

(1972)

ALOCUCIÓN CONTRA LOS NECRÓFILOS

De una vez y por todas: ¡a la mierda la muerte!
Mientras más me acerco a ella o ella a mí,
ni yo sé quién soy ni qué soy, le digo,
pero tú tampoco sabes quién ni qué eres.
El hombre te inventó o te dio nombre al menos,
tan sólo eso, que apenas si es algo,
una manera como tantas de infundir terror.
Pero conmigo eso no va, mi hermana.
Y menos, hacer el juego a tus ritos.
Con los miles de millones de muertos
que conocemos, nuestra visión de ti
tendría que ser más bien risueña
o tan mecánica como la que ponemos
por ejemplo en el papel higiénico.
Si alguien osara en una noche
poblada de relámpagos, ululante el viento,
y todo el decorado de muerte chopiniana,
si alguien osara, digo, en medio de los suspiros,
coger al muerto por los cabellos
igual que a una peluca inservible,
y decir, con voz muy natural:
ya no es como nosotros, y aquí, señores,
no ha pasado nada, ¡y siga la fiesta!
De modo que en vista de la muerte,
de la muerte natural por supuesto,
mucha naturalidad, tanta
que hasta el muerto se vuelva natural,
tan natural que se entierre o se quemé

sin derramar una lágrima.
Tenemos que reservarlas
para cuando nos duelan las muelas.

Y si digo la muerte natural
es porque las provocadas
por la mano del hombre contra otro,
no han de ser lloradas por muerte
sino por vida que la vida
no segó a su hora.
No practiquemos el culto de los muertos,
¿acaso podemos pedirles
que practiquen el culto de los vivos?
La comunicación se ha cortado:
ni nos hablan ni nos oyen.
Hablemos pues con los vivos,
hasta que podamos.

(1974)

Y CUANDO ME CONTÓ...

I

Y cuando me contó que el asesino,
sus manos en la funda de mi almohada,
de la almohada en que mi cabeza se encabrita
víctima de los vaivenes del sueño,
me dijo: "¿nunca pensaste, Virgilio,
en el poco tiempo de vida que te queda?"
Me cagué en los pantalones,
puse un disco de alegría en conserva,
y me tomé un diasepán¹¹.
Me habían despertado los gatos
en su templeta¹² homérica.
Todo normal:
temperatura entre veinticinco y treinta grados,
algunos chubascos, marejadas por la noche.
El día monótonamente programado
en su inevitable desarrollo hacia la noche,
que pese a su tan alabado misterio
no es otra cosa que una duración del tiempo.
Me había lavado los dientes
con esa holgazanería con que enfrentamos
al nuevo día en su terror creciente,
como si la muerte llegara de golpe

11 Nombre comercial de un ansiolítico muy popular en Cuba.

12 Vulgarismo cubano que significa acto sexual, coito.

en mitad de una claridad deslumbrante.
Pasé entonces a la cocina,
hice café, lo tomé a sorbos,
prendí un cigarro, cogí una hoja de papel,
la puse en la máquina y escribí:
"...Y cuando me contó que el asesino".

II

Qué extraño
levantarse, tomar café,
ponerse a la máquina, escribir.
Pero el día tiene que marchar
y yo con él, y con el asesino,
hasta que llegue la noche
y ponga la cabeza en la almohada,
mi cabeza, víctima de los espasmos del sueño,
del sueño donde el asesino me dice
el poco tiempo de vida que me queda.

(1974)

HIMNO A LA VIDA MÍA

Loco de contento
me echo por esas calles,
huelo el perfume de la noche,
y grito: ¡Estoy vivo!
¿Acaso no se percatan?
Abro mi camisa, llevo la mano al corazón:
Oigan cómo late... No importa hasta cuándo
Ahora vivo en medio de la calle,
y estoy de fiesta.
Mientras viva seré inmortal.
Si toco mi corazón,
es como si lo tocara eternamente.
Tan vivo estoy, que la historia
desfila ante mi vista,
y puedo acompañarla en su incesante marcha,
haber sido, ser y llegar a ser.
La sangre bulle en mis venas.
Cumple una y otra vez su ciclo,
y a la vida me aproxima más el tiempo.
Mía solamente, eterna en su bóveda celeste.
A este brazo que alzo, a esta boca que sonrío,
poder humano ni divino podrán darles
cristiana o pagana sepultura.
Desafían el negro boquete del sepulcro.
Aves de una especie desconocida,
sobre el polvo se encaminan intrépidos
hacia los mágicos espejos
donde la infinitud del tiempo
al hacerlos temporales, los reflejará en su pura esencia:
un brazo y una boca en mitad del planeta.

Obtener esta victoria
es la confirmación de estar vivo,
vivo siempre, abandonado
mi cadáver futuro,
para hablar con mi cuerpo y decirle: ¡aleluya!

(1976)

EL HECHIZADO

A Lezama, en su muerte

Por un plazo que no puedo señalar
me llevas la ventaja de tu muerte:
lo mismo que en la vida, fue tu suerte
llegar primero. Yo, en segundo lugar.

Estaba escrito. ¿Dónde? En esa mar
encrespada y terrible que es la vida.
A ti primero te cerró la herida:
mortal combate del *sèr* y del *estar*.

Es tu inmortalidad haber matado
a ese que te hacía respirar
para que el otro respire eternamente.

Lo hiciste con el arma *Paradiso*.
—Golpe maestro, jaque mate al hado—.
Ahora respira en paz. Viva tu hechizo.

(9 de Agosto de 1976)

ISLA

Estoy inundado de felicidad,
pero nada de espavientos;
aunque estoy a punto de renacer
no por ello lo proclamaré a los cuatro vientos
ni me sentiré un elegido.
No, sólo que me tocó en suerte,
y lo acepto porque amén de que no está en mi mano
negarme, sería por otra parte una descortesía
que un hombre distinguido jamás haría.
Pues el caso es que mañana,
a las siete y seis minutos de la tarde,
voy a convertirme en una isla,
una isla como suelen ser las islas;
no es el caso andar ahora con precisiones geográficas,
baste saber que me convertiré en una isla como todas
las islas...
No, nada de sorpresas...
Ya se me ha anunciado que a esa hora
mis piernas se irán haciendo tierra y mar,
que, poco a poco, igual que un andante chopiano,
empezarán a salirme árboles en los brazos
y rosas en los ojos, y arena en el pecho,
y que en la boca las palabras morirán
para que el viento pueda ulular cuanto desee.
Después me tenderé como suelen hacer las islas,
mirando fijamente el horizonte,
también veré salir el sol y la luna
y así, lejos ya de la inquietud
diré muy bajito:
¿Así que era verdad?

(1978)

UNO DE LOS DUQUES DE ALBA

A Lezama

Uno de los duques de Alba
permaneció echado en su cama
por más de veinte años,
entre la mugre de sus detritus
y la lepra de un amor desdichado.
Veía salir el sol y ponerse,
veía la noche como una tumba más,
el aire que respiraba era mefítico
y venía mezclado con la fragancia
de los azahares de su amada.
¡Qué feliz ese duque de Alba!
Lo envidiamos noblemente,
nosotros, de una edad asolada
por la tecnocracia y la desconfianza.
El duque de Alba tenía un solo pensamiento,
una idea fija, pero suya, lo iba gastando
y al mismo tiempo enriqueciendo,
pero nosotros, aunque con varias camas,
con mil mugres y un millón de lepras,
como vivimos entre tecnologías dictatoriales,
entre planes y simulaciones
ya no sufrimos por nada,
sólo se nos permite tomar pastillas
y callar.

(1979)

23

NATURALMENTE EN 1930

Como un pájaro ciego
que vuela en la luminosidad de la imagen
mecido por la noche del poeta,
una cualquiera entre tantas insondables
vi a Casal
arañar un cuerpo liso, bruñido.
Arañándolo con tal vehemencia
que sus uñas se rompían,
y a mi pregunta ansiosa respondió
que adentro estaba el poema.

LOGRA QUE DIOS DE MÍ SE POSESIONE

Logra que Dios de mí se poseione
para que de tu posesión me desentienda;
y si esto logras ya no habrá contienda:
Dios tendrá sólo mis adoraciones.

Libértame de todas tus prisiones,
pero de una déjame cautivo:
la de tu corazón, en donde vivo
esperando a que de Dios me poseione.

Para esto hazte Dios, y más, hazte prisiones
divinas, en las que libre al fin yo esté;
así podré yo verte igual que tú me ves:
el que libraste de tus tentaciones.



ÍNDICE

Noticia de V.P.	7
VIDA DE FLORA Y OTROS POEMAS	13
La isla en peso	15
Vida de Flora	32
En estos páramos	34
Un bamboleo frenético	36
Los muertos de la Patria	38
El resultado	40
La sustitución	41
El jardín	42
Solicitud de canonización de Rosa Cagí.	46
María Viván	48
Final.	49
Si muero en la carretera	50
Una noche	53
Mi hermana	54
Tarárá Tarará	55
El cuchillo	56
Poemas de amor	57
Alocución contra los necrófilos	59
Y cuando me contó... ..	61
Himno a la vida mía	63
El hechizado	65
Isla	66
Uno de los duques de Alba	67
Naturalmente en 1930	68
Logra que Dios de mí se poseione	69

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Portada

**ENTRADA DE LA GRUTA EN VILLA MÉDICIS
DE ROMA**

Madrid, Museo del Prado.

Conjunto.

Pág. 70

VEJJA FRIENDO HUEVOS

Edimburgo, Galería Nacional de Escocia.

Detalle.

Se dio fin a la impresión
en la milenaria ciudad de Carmona
el día 23 de Noviembre de 1999.

